

el suelo, elevaban pirámides junto al túnel de su vivienda, y en negros rosarios atravesaban los andenes, realizando bajo la hierba oscuras epopeyas de combates, conquistas y trabajos hercúleos. De ciprés en ciprés, aleteaban pájaros negros, rasgando el silencio con su silbido. Eran los mirlos y las urracas, ocultos en la espesura de la Patriarcal, único refugio de follaje en medio de las vermas colinas.

Tres niños, con blancas blusas, sonrosados y mofletudos, como angelotes, tres pequeñuelos de la familia del conserje ó de alguna casucha cercana, jugueteaban puestos en cuclillas sobre la hierba, hurgando los hormigueros y arrojando pedradas á los pájaros, que apenas si movían las alas. Feli los contempló con ojos amorosos: sentía deseos de abrazarse á ellos, de comerse á besos sus hociquillos sonrosados y sucios, como si fuesen una imagen de la vida triunfadora, invadiendo el rincón del olvido.

Maltrana, bajo la influencia de este ambiente melancólico y dulce, hablaba á Feli de sus ideas. Le gustaba el cementerio de San Martín, con su rumorosa vegetación de jardín abandonado, porque ofrecía la belleza de la Muerte tal como él la había concebido.

La Muerte no era un esqueleto de burlesca risa y grotescas cabriolas, cual la representaba el bárbaro arte de la Edad Media, en su horror á la carne. Era una gran señora, de belleza triste; pálida, intensamente pálida, con una piel mate que parecía absorber la vida del aire, sin dejar en su superficie brillo ni jugo: con unos ojos negros, intensos, helados, profundos, que recogían la luz del espacio sin devolver el más leve fulgor. Era una matrona de potentes caderas, en cuyas

entrañas renacía la vida: de robustos y voluminosos pechos, siempre hinchados de leche densa y amarga. A un pecho se agarraba el Recuerdo, gimiendo al paladear el líquido de acíbar: al otro el Olvido, que chupaba cerrando los ojos, queriendo dormir. A su paso callaban los pájaros, mustiábanse las flores, caían al suelo los seres animados, se hacía el silencio. Sus pies invisibles, bajo la túnica de crespones, hacían temblar la tierra cual si fuesen calzados con coturnos de hierro. Pero apenas pasaba, todo resurgía á su espalda, casi en los bordes de sus fúnebres velos: revivían las flores con nueva fuerza, trinaban otros pájaros, y del polvo donde habían caído los viejos, los inútiles y los débiles, volvían á levantarse, transfigurados por la juventud. Ella era el abono de la vida, la hoz que siega el prado para que resurja con mayor fuerza. Maltrana la conocía: la había visto pasar ante sus ojos, con todo su esplendor melancólico, evocada por la más sublime de las exaltaciones artísticas. Wagner la sacaba de las nieblas de lo misterioso, haciéndola marchar entre graves melodías, que eran ecos del dolor humano. Por dos veces la había contemplado Maltrana cerrando los ojos, con su piel pálida, sus ojos negros y fríos que brillaban hacia adentro, sus caderas de eterna creadora y sus pechos amargos; cuando el salvaje Sigmundo habla á la Walkiria que le anuncia la muerte; cuando la desesperada Iseo, se enrosca de dolor y se mesa los cabellos agitados por el viento del mar, ante el cadáver de Tristan.

Era ella, la verdadera, la única, la que inspira miedo y consuelo, la belleza triste que nunca se aja; la pálida señora del mundo; la beldad que llega puntual á la cita con su beso de olvido

y de paz, con el supremo espasmo de la insensibilidad y el anonadamiento.

Feli escuchaba á su novio con los ojos dilatados por el asombro, pugnando por entenderle.

—Cuánto sabes, Isidro—murmuró acariciándole con la mirada.—Por eso te quiero tanto: porque dices cosas bonitas.

Maltrana rió de la sencillez de la muchacha, sintiéndose halagado al mismo tiempo por su admiración. Casi se arrepintió de lo que llevaba dicho: eran tonterías; la hablaba como si fuese un compañero al que quisiera turbar con sus paradojas.

Se cogieron del brazo otra vez, y Maltrana condujo á la joven á una galería de nichos, en lo más hondo del cementerio.

—Quiero enseñarte cómo acaban los hombres de talento: cómo reposan los que en vida tuvieron aduladores y fanáticos... Mira.

Y después de una rápida busca con los ojos, le señaló un nicho, el más mísero de todos. Su boca apenas estaba cubierta con un hule, desprendido de las puntas; un andrajo negro con letras amarillas y borrosas. Feli leyó con algún trabajo: «Aparisi y Guijarro.»

—Ese señor—continuó Isidro—fué famoso en vida. Pronunciaba en el Congreso discursos que duraban varias sesiones. Los curas de toda España, los devotos, las mujeres, aguardaban con impaciencia los periódicos para leerle. Y ahora mírale: cualquier tabernero tiene mejor alojamiento después de muerto... Era un poeta, un soñador y los poetas no sé por qué tienen mala sombra en la política... Yo no creo en él; pero le compadezco y le defiendo por espíritu de cuerpo. Este olvido nos consuela á los que trabajamos sin esperanza,

en la tienda de enfrente, que es la de los pobres, la del populacho.

Maltrana siguió hablando con tono de cólera. Bien podía el rey de aquel tribuno adecentar su tumba: bien podían los representantes de la tradición acordarse un poco del gran artista que les había enardecido con sus himnos oratorios. Equivalía á una burla infame citar su nombre á todas horas, como gloria y bandera de las aspiraciones hacia el pasado, mientras sus restos permanecían en un rincón, sin el más leve signo de homenaje, como los de un hombre que hubiese atravesado la vida sin ruido y sin afectos.

Feli deletreaba las inscripciones en lápiz que ennegrecían el yeso, alrededor del nicho. Eran versos disparatados é ingenuos, en honor del «Cicerón español», del «paladín de la fe y las tradiciones»: testimonios de entusiasmo de algunos curas de misa y olla, que, al venir á Madrid, no habían querido tornar á sus pueblos sin ver la tumba de su grande hombre. El hule caído parecía reirse, con sus arrugas, de tales elogios, que sonaban á falso en este abandono.

Maltrana examinó las firmas.

—Todas son del populacho... curas pobres, guerrilleros ilusos: gente de abajo, de la que tiene corazón.

Aquel soñador de Levante, artista engañado, también tenía corazón, y por esto reposaba en el olvido.

—Era pobre y defendió á los ricos—continuó Maltrana:—era plebeyo y pidió la resurrección del pasado con sus privilegios de raza; tenía el carácter independiente y un tanto levantisco de su tierra y deseaba el absolutismo. Los que él defendió, no se acuerdan de él, y tal vez siguen con esto

al instinto, que no engaña. Vivió para ellos, pero no fué de su familia.

Los dos jóvenes se alejaron de este rincón, volviendo á la avenida central. Remataba ésta en un edificio abierto, especie de ábside, que ocupaba el fondo del cementerio, con muros en semicírculo y media cúpula. En las paredes habíanse abierto grandes hornacinas, con ricas urnas funerarias. Los segmentos de la bóveda ostentaban varias pinturas, representando la Resurrección de Jesús. La gran puerta del fondo, cerrada por una verja mohosa, dejaba ver, al través de sus vidrios, el cerro de enfrente y un grupo de álamos entre dos casitas rojas, en lo más hondo de una cañada.

Sobre esta puerta abríase un medio punto de vidrios de colores, por el que se filtraba el sol de la tarde, dando á las paredes, á las tumbas, al suelo, las palpitaciones policromas del iris. La luz fantástica parecía prestar vida á las figuras de la bóveda, animándolas con esplendores de apotheosis.

—¡Qué bonito!—murmuró la muchacha.

Esta luz alegraba los ojos, borrando la lúgubre significación del sitio. A Feli le parecía el ábside un salón de baile, alumbrado con luces de colores: creía que todos los muertos, con trajes vistosos, sonrientes y sin infundir miedo, iban á mostrarse para intervenir en la fiesta. Los pájaros piaban en el inmediato jardín, ó revoloteaban bajo las arcadas, como atraídos por la hermosa iluminación.

La clase social de las gentes enterradas en esta parte del cementerio, sólo evocaba imágenes de lujo, de placer y de fiestas. Eran duquesas famosas por su hermosura, damas palaciegas que ha-

bían muerto en lo mejor de su edad, mujeres que gozaron sus épocas de reinado y adoración. Los nombres, que brillaban en letras de oro sobre la blancura láctea del mármol, hacían soñar en fiestas elegantes, amorosas entrevistas, tocadores lujosos, impregnados de suaves esencias, adornados con flores costosas.

Maltrana, como si sintiera los efectos de este recuerdo de voluptuosidad y amor que las ilustres muertas evocaban con sus nombres, fijó los ojos en Feli, que contemplaba absorta las hermosas tumbas. Pasó un brazo por su talle, la atrajo hacia él y la besó donde pudo, donde alcanzaron sus labios, entre el lóbulo sonrosado de una oreja y el cuello moreno, que erizó su piel, estremecida al contacto de los labios.

La joven se desasíó con rudo empujón.

—¡Isidro!—exclamó avergonzada;—¡Isidro!...

Y bajó la cabeza tristemente, como dolorida por la audacia del amante. Después habló para acusarse á sí misma, sin dirigir el menor reproche al joven. Ella tenía la culpa: debía haber evitado esta soledad, negarse á entrar en el cementerio con Isidro, que estaba acostumbrado á los mayores atrevimientos con sus impúdicas amigas de Madrid... ¡Besarla!... ¡y en aquel sitio!...

Miró en torno, como si esperase que se abrieran las tumbas, irguiéndose airados los cadáveres por tal profanación.

Maltrana sonreía: tonta, ¿á qué tal miedo? Aquel sitio era lo mismo que otro: mejor aún, por su poesía silenciosa de jardín abandonado propicio al amor. Ellos no hacían más que repetir el eterno himno de la vida. Antes lo habían cantado aquellas gentes, que fueron felices y dormían ahora en sus envolturas de mármol. Lo único ver-

dadero en la vida era el amor. Si los muertos pudiesen recordar el pasado, la memoria de las horas amorosas sería el consuelo de su eterna noche. Aquellas aristócratas, ocultas tras la piedra que pregonaba sus títulos, sus bandas y su caridad, no pasaron toda la vida con la diadema nobiliaria en el peinado y los cintajos en el pecho, echándolas de damas benéficas. Habían sido mujeres, orgullosas de su hermosura, propicias á conceder la admiración de sus encantos, como una limosna regia.

Isidro, con impúdica imaginación se las representaba en el abandono de su dormitorio, mostrando misterios de nácar y rosa al través de la espuma de sus blondas, agarradas al hombre amado con el supremo estremecimiento del deseo, olvidándose de las vanas grandezas de la vida, concentrando toda su existencia en el violento estrujón carnal. Aquel personaje, tendido sobre su sarcófago, con la severa toga del que juzga á sus semejantes, no siempre habría sido ceñudo y austero como lo mostraba el escultor. Alguna vez el hombre vencería al personaje, y recatándose como un mozuelo, dando al diablo su gesto imponente, habría buscado un rayo de felicidad en misteriosos rincones, lejos de la familia, abominando de su moral avinagrada y áspera. Los muertos habían conocido la dicha mucho antes; ahora les tocaba el turno á ellos y debían aprovecharse de la buena suerte.

—Feli, vida mía—exclamó Maltrana con su vehemente exageración.—Riete de los muertos: no nos odian, nos envidian. Grita conmigo: ¡viva el amor!...

—No; vámonos—murmuró la muchacha.—Fuera de aquí hablaremos; gritaré lo que quieras.

¡Quererse por primera vez en un cementerio!... Esto da mala sombra; acabaremos mal. Vámonos, Isidro.

Tiraba de él, poseída de un terror infantil, y el joven la siguió. Pero al pasar bajo el arco que daba entrada al ábside, Isidro la detuvo, lanzando una exclamación de asombro.

La luz de la vidriera envolvía á Feli. Era una faja de colores palpitantes, que abarcaba á la joven de pies á cabeza, haciendo temblar todo su cuerpo, como si estuviese formado con las tintas del iris.

—¡Qué bonita!—exclamó Maltrana con arrobo.—¡Si pudieras verte!... Tienes la falda verde y el pecho azul. Tu boca es de color naranja; una mejilla es violeta, y la otra ámbar. Parece que tengas claveles en la frente.

Feli permanecía inmóvil, sonriendo con femenino complacencia, gozosa de que su novio la viese tan bella. Sentía la caricia del rayo mágico de sol; entornaba los ojos, cegada por la ola de colores que palpitaba en sus ropas y su carne. El halago de la coquetería disipaba su miedo al cementerio con esa facilidad que tienen las mujeres para el olvido cuando se sienten acariciadas en su vanidad.

Algo más que el contacto ardoroso de la luz sintió de pronto Feli. Su novio la estrujaba otra vez, pero con mayores arrebatos, sin que ella intentase resistir.

—Deja que bese ese amarillo de oro... Ahora, el morado; ahora, el azul... el rosa de tu frente... el heliotropo de tus labios... las violetas de tus ojos.

Caían los besos sobre ella como una lluvia sonora, con chasquidos de pasión, que agrandaba el eco del cementerio.

Feli revolviase entre sus brazos, intentando en vano librarse de ellos. Al moverse, los colores cambiaban de sitio, pasando de una parte á otra de su cuerpo adorable. Todos los resplandores de la luz desfilaban por su boca. Maltrana no perdonó uno; quiso saborearlos todos, en medio de aquella gloria de colores que envolvía su amoroso grupo.

Feliciana cerraba los ojos, estremecida por el chaparrón de besos, vibrando su virgen sensibilidad con el apretón de los masculinos brazos, sintiéndose próxima á caer al suelo, como si las piernas temblorosas no pudiesen sostenerla, murmurando entre suspiros dulces:

—Basta... déjame... Que me matas: que grito... Asesino.

Por fin, pudo desasirse, y arreglándose el mantón, atusándose el pelo alborotado por los viriles apretones, fijó sus ojos en el novio, con una mirada, en la que había reproche y agradecimiento.

—Enseguidita me coges otra vez... ¡Y cómo se ha divertido el niño, con esa tontura de los colores! Vámonos ó reñimos.

Echó á correr hacia la salida, como si quisiera evitar las explicaciones de Maltrana, y éste la siguió. Cerca de la verja, los dos acortaron el paso y marcharon unidos, con rostro grave, como si saliesen tristes de su visita á las tumbas.

Pasaron sin despegar los labios ante el portero, que les había acogido con tan extrañas preguntas, pero, al alejarse, Feli volvió la cara para mirarle y prorrumpió en una carcajada de niña. Isidro adivinaba el pensamiento de su novia: recordó el gesto hosco con que el portero les había preguntado si entraban á pintar.

—El tío presentía el suceso—dijo Maltrana ale-

gremente.—De enterarse á tiempo, hubiera sido capaz de pedir su parte de colores.

El recuerdo de las caricias les hizo juntarse, enlazar sus brazos, caminar apoyados uno en otro, mirándose con ojos en los que aún brillaba el fuego de las recientes sensaciones.

Feli olvidaba su enfado. Al verse en campo raso, donde no podía temer nuevos arrebatos del novio, se abandonaba, apoyábase en él con desmayo, acariciándolo con el soplo de su respiración, mirándole de tan cerca, que Maltrana creía sentir el calor de sus ojos de brasa.

Finalizaba la tarde. Ocultábase el sol, y en el cielo, de suave color de violeta, flotaba la luna como una nubecilla pálida, borrosa aún por la luz diurna.

Los dos amantes siguieron el camino á lo largo del tercer depósito, haciendo crujir bajo sus pies el polvo de carbón que ennegrecía el suelo. Pasaban hacia Madrid mujeres astrosas, con niños dormidos en sus brazos; viejas arrugadas y negras como brujas, con pucheros destinados á recibir el rancho de San Bernardino.

Estas infelices, al cruzarse con la joven pareja, husmeaban el amor con su instinto de hembras, é imploraban una limosna. Isidro repartió pródigamente el dinero, acompañándole de inmorales consejos, que hacían reír á Feli. Nada de comprar pan; aquella limosna era para vino: para tomar la gran curda. El mundo había de alegrarse y saltar loco de embriaguez; debía reflejar la felicidad que rebosaba en su alma al verse amado por Feli.

También ellos dos iban en busca de un merendero, de un lugar bonito, para comer, para beber, para darse dos vueltas de vals, al son de un piano.

¡Viva la vida! Maltrana, recordando las afirmaciones de otros tiempos, repetía á su novia que la vida es alegre, que la vida tiene un sentido helénico, que el dolor, que parece interminable, no es más que un accidente pasajero, el aperitivo de la felicidad, tras el cual se atraca uno mejor de las dichas de la existencia.

Pasó un hombre con un cesto de naranjas, y al sorprender Isidro una ávida mirada de su novia, le hizo detenerse. ¡A soltar en seguida lo mejor del cesto! A Feli le gustaban las naranjas: aún no las había probado aquel año, y él era capaz de tender á sus pies, como alfombra de oro, toda la cosecha de los campos valencianos.

Feliciana sólo quiso aceptar una naranja, la más hermosa, y los dos siguieron adelante, jugando ella como una niña con la pequeña esfera de color de fuego, haciéndola saltar entre sus manos. Acabó por abrir un agujero en ella y por chupar su jugo, apretándola entre los dedos. Un chorro de ámbar descendió por la comisura de sus labios, hasta la barbilla de graciosa redondez, endulzando su piel. Isidro quiso beberlo, y de nuevo rozó con su boca la boca de Feli.

—¡Otra vez!—exclamó la muchacha, echándose atrás, entre sonriente é indignada.—Pero, condenado, ¿no ves que nos miran?... ¿que pasa gente?...

Después rió del gesto desalentado de Isidro, el cual bajaba la cabeza, como un niño enfurruñado. Con mimosa gracia puso en su boca la naranja.

—Toma, y no llores... Yo he puesto ahí los labios; chupa, y cuidadito con volver al besuqueo. A ti habrá que tratarte como á un niño de teta. Zurra... zurra al nene, que es malo.

Y con su mano fina y blanca, aquella mano de

señorita, que era el asombro de las Carolinas, abofeteó cariñosamente la cara del joven.

Al anoecer entraron en un merendero de la hondonada de Amaniel. La muchacha habló débilmente de la necesidad de volver á casa en seguida, pero Isidro protestó. Su padre no iba á inquietarse por tan poca cosa: la creería, como otras veces, en casa de su compañera de Bellasvistas. Tal vez á aquellas horas estaría ya en el *Ventorro de las Latas*, preparando su marcha á El Pardo.

Unos faroles de papel iluminaban el merendero con difuso resplandor. Los tranvías viejos habían servido para su construcción, igual que en el barrio de las Carolinas. Los bancos, de movibles respaldos, procedían de una jardinera; los tabiques eran de persianas de ventanilla. Junto al techo, á guisa de friso, alineábase un saldo de fotografías amarillentas, mezclándose las vistas de la Habana y de los bulevares de París y Viena, con reproducciones de la Fuente de la Teja y el Viaducto. Cabezas de angelotes pintarrajeadas y doradas, restos de una anaquelera de tienda pretenciosa, aparentaban sostener las viguetas del techo.

Isidro que lo veía todo de color de rosa, admiraba el adorno del merendero. ¡Muy hermoso! ¡muy original! Aquello era arte moderno.

Y el amo, satisfecho por estos elogios de un señorito que parecía inteligente, contestaba con modestia.

—Un poquito de gusto, y nada más. Así y todo, me cuesta un porción de dinero... ¿Qué van ustedes á tomar?

El merendero completo, quería Isidro para Feli. Pero ésta no sentía apetito, no quería nada y al fin, por no contrariarle, pidió una botella de cerveza.

Otras parejas ocupaban los rincones, silenciosas, en íntimo contacto por debajo de la mesa y devorándose con los ojos. Maltrana se creía en un mundo nuevo, mejor que el que había conocido hasta entonces. ¡Viva la alegría de la vida!... ¡Y el helenismo también!

Tras un macizo de plantas estalló de pronto, como un cohete, el sonido de un piano, con acompañamiento de golpes de timbre. Isidro miró con admiración al muchacho de boina, pañuelito al cuello y anchos pantalones de *modalisca* que daba vueltas al manubrio. ¡Pero qué talento tenía aquel golfo! ¡Qué musicazo! Nunca había experimentado Maltrana igual impresión: ni en los mejores conciertos. Aquel vals, que á primera vista parecía escrito para un baile de criadas, era una pieza sublime: la obra, tal vez de un gran genio desconocido. El joven no vacilaba en sus afirmaciones; aquello era tan magnífico como la *Novena Sinfonía*.

—Alza, Feli: vamos á darnos dos vueltecitas. A ver cómo meneas ese cuerpecito gitano.

Ninguno de los dos sabía bailar. Isidro, en sus tiempos de estudiante, había tomado lecciones de sus amigas de los cafés cercanos á la Universidad. Feliciano había bailado con sus compañeras, y fué ella la que, guiada por el instinto femenino, siguió mejor el ritmo de la música, arrastrando á su pareja.

¡Valiente cosa les importaba bailar bien ó mal, y que se rieran ó no los parroquianos del merendero!... Lo interesante era estar en brazos uno del otro, pegados desde el pecho á las rodillas, transmitiéndose el alma con el calor de sus cuerpos, confundiendo los alientos.

Sentían una alegría loca, como si el sorbo de

cerveza que acababan de beber contuviese todas las embriagueces de la tierra. No se besaban, por un resto de pudor, por miedo á la gente, pero sus labios secos, acariciados por la humedad de la lengua, parecían atraerse al través de la pequeñísima distancia que los separaba.

Cuando abandonaron el merendero, iban con paso vacilante, silenciosos, por la soledad del campo.

Se detuvieron en las inmediaciones del Canallillo. La luna reflejaba su cara bonachona en el cristal azul del agua que transcurría silenciosa.

Los dos huyeron de la luz. Querían descansar; sentíanse sin fuerzas para seguir adelante y se detuvieron junto á un desmonte, ocultándose en la sombra que proyectaba la masa de tierra.

Sonaron en la penumbra suaves chasquidos, apagadas voces de protestas.

Feli hablaba quedamente, con llorosa voz.

—Júrame que no me abandonarás. Que me querrás siempre... que no me desprecias porque soy débil contigo... porque te quiero.

Isidro lo juraba todo sin hablar; lo juraba con sus manos inquietas, con sus labios acariciados, con el viril estrujón que hacía caer vencida y esclava entre sus brazos á aquella alma simple y primitiva, ansiosa de ideal.